

**DIALOGANDO CON EL AUTOR:**

**La muerte y otros comienzos de Nadal Vallespir**

**Ed. Trilce**

## **Los muy diversos sentidos de la muerte desde la perspectiva psicoanalítica**

*Fanny Schkolnik*<sup>1</sup>

Presentar el libro “La muerte y otros comienzos”, de Nadal Vallespir, con quien me une un vínculo afectivo desde hace muchos años, que se ha ido enriqueciendo a partir de las múltiples instancias de trabajo en común que hemos tenido, es sin duda una satisfacción muy grande. Y también es un desafío importante, si tenemos en cuenta que nuestras preferencias teóricas han ido por caminos distintos. Yo tomé contacto con el pensamiento de Lacan casi desde el comienzo de mi formación como analista. Pero luego de algunos años de estudio y reflexión en torno a sus ideas, preferí trabajar más cerca de autores franceses que sin duda estuvieron influidos por su pensamiento pero que también se distanciaron de él en muchos de sus desarrollos. Nadal, como lo muestra muy bien en su libro, transita permanentemente por caminos en los que confluyen teoría y clínica, psicoanálisis y literatura, en una interrelación y un proceso de producción de ideas que progresa en espiral pero que mantiene como referencia fundamental el pensamiento de Lacan.

El libro recoge trabajos de los últimos once años y en él está la muerte, como eje temático fundamental, pensada desde la compleja polisemia que presenta en psicoanálisis. Si bien el término nos remite inevitablemente a pensar en primer lugar, en la siempre inquietante posibilidad de la muerte propia o la pérdida de seres queridos, que da lugar a duelos muchas veces inelaborables, Nadal “pone a trabajar”, como diría Laplanche, otras dos acepciones del término. Por un lado, la muerte psíquica, muerte del deseo, resultante de vínculos encerrados, especulares en los que está ausente la ley de la prohibición del incesto, y por otro, la muerte como límite necesario para la emergencia

---

1. Miembro Titular de APU. Feo. Muñoz 3013, ap. 401, 11300 Montevideo. Tel: 707 0261. fschkol@uyweb.com.uy

de un sujeto deseante. Yo quisiera detenerme particularmente en estas dos acepciones del término, porque pienso que es a partir de ellas que se despliega la temática central del libro, que gira en torno al papel de las identificaciones en la estructuración psíquica y en la patología, y a los fundamentos de la técnica psicoanalítica.

Respecto a la muerte del deseo, que clínicamente se presenta como verdadera muerte psíquica, dando lugar a un vínculo aniquilante con el otro, el autor nos muestra, tanto desde la experiencia clínica como a partir de la literatura, los efectos de esa falla en la función simbólica, que resulta de la ausencia del necesario movimiento metonímico que sostiene el deseo. Aunque persista el despliegue fantasmático, el destino será finalmente la locura y la muerte. Es lo que encontramos en el cuento, que Nadal evoca, acerca de “La muchacha de la cerveza, en el cual el drama de la protagonista está centrado en el doble, la identificación imaginaria y la relación dual. Son otros los que le dicen a María Benita que se parece a la muchacha que aparece en un cartel adosado a un camión de reparto de cerveza. Y el parecido realmente la sorprende, dando lugar a un despliegue fantasmático cada vez mayor hasta que progresivamente transita de la fantasía al delirio. Ella termina quedando presa de esa imagen especular, ya no se parece, “es” la muchacha de la cerveza. Pero al final del camino, esa identificación imaginaria la lleva a la locura y la muerte.

Esto me ha hecho evocar la historia que aparece en “La camarera del Titanic”, un libro de Didier Lecoine que en realidad es más conocido por la película del mismo nombre y que a mi modo de ver pierde fuerza en relación a la novela. En esta última, Horty, un estibador que vive en un pequeño puerto de Francia, cuya vida ha transcurrido en forma gris y penosa, gana un premio que consiste en ir a ver la salida del Titanic. Allí conoce a una muchacha con la que construye un vínculo amoroso que sólo transcurre en su fantasía. Y al volver a su pueblo, empieza a contar, una y otra vez, casi sin proponérselo, ante la mirada atenta y el entusiasmo de los que lo escuchan, una supuesta historia de amor apasionado con la camarera del Titanic. Hay un placer, siempre renovado, al contar una y otra vez la historia de aquella noche con la camarera. Pero cuando se entera del naufragio y piensa que ella murió, se produce el tránsito de la fantasía al delirio, de una puesta en escena permanentemente enriquecida por la fantasmática subyacente, a una repetición angustiosa con las características de una convicción delirante. Pienso que la noticia del naufragio en el cual él supone que murió la camarera, hace impacto sobre la imagen especular e impide que se sostenga la

identificación imaginaria que ha construido ante la mirada de los otros. Ya no hay más placer. Horty queda preso de esa imagen que ya no lo refleja, en un funcionamiento paranoico que lo llevará definitivamente a la locura y la muerte.

Nadal nos lleva a evocar también el tema de la muerte a propósito de “Cien años de soledad”, en donde aparece la muerte del deseo vinculada a la consumación del incesto. Y voy a citar un fragmento en el cual describe muy bien lo que convoca en nosotros la lectura del texto de García Márquez.

*“La soledad infinita de infinitos incestos que parecen no tener comienzo ni fin. Tiempo circular, cerrado como esa cerrada circularidad endogámica de la estirpe de los Buendía. Retorno incesante de lo mismo, generaciones que no se distinguen, nombres que recurren una y otra vez, rasgos que no dejan de repetirse. Tiempo detenido, monotonía reiterativa –parsimonioso vestido de la muerte– emergencia de la inmortalidad... Muertos en vida y vivos en la muerte... El deseo, también detenido, obturado en la consumación del incesto...no puede existir para otras mujeres... No queda resto para buscar objetos metonímicos.”*

Con estas palabras Nadal nos permite acercarnos desde una perspectiva psicoanalítica a un texto tan rico como éste, que posibilita muy distintas lecturas

En cuanto al tema de las identificaciones y su vinculación con las posibilidades de simbolización encuentro uno de los puntos de acercamiento entre los planteos que se desprenden del libro y mis propios intereses en los últimos años. Su propuesta acerca de la identificación imaginaria “encapsulada” que funciona como un cuerpo extraño, sin poder incorporarse a la red de representaciones y que se sostiene por la desmentida de la muerte con la consiguiente escisión del yo, no está muy lejos de la desmentida de la separación que da lugar a un funcionamiento narcisista arcaico escindido en el psiquismo, tal como yo lo pienso para las patologías graves.

Desde mi punto de vista, las dificultades en la estructuración psíquica se vinculan a fallas en la identificación primaria que afectan a su vez la constitución de las identificaciones secundarias y generan verdaderas fracturas en la trama representacional, configurando importantes obstáculos para la resignificación y las posibilidades de simbolización. Lo no simbolizado o lo que accede sólo parcialmente a la simbolización, es la expresión de una insuficiente tramitación de los estímulos, dado

que no logran establecerse suficientemente las secuencias, redes ni estructuras simbólicas susceptibles de organizar lo que proviene de lo pulsional. El deseo del hijo, que se pone de manifiesto a través de la mirada de la madre, la voz y los primeros contactos corporales, son factores fundamentales a tener en cuenta para la instauración de la identificación primaria. Y en este sentido, pienso que es muy válida la postura de Laplanche cuando plantea la prioridad del otro en la constitución del psiquismo. Cuando una paciente le dice a Nadal que la tumba de su marido muerto no está afuera sino en sus huesos, no sólo está desmintiendo su muerte como necesaria expresión propia de un duelo que se está procesando, sino que, como se puede ver luego en su discurso, hay carencias en la constitución de la identificación primaria que hablan de una desmentida de la alteridad y una escisión del yo, ya pre-existentes, propias de una falla estructural. Su frágil identidad se pone de manifiesto en sus sueños poblados de espejos en los que busca mirarse, en las distintas conductas que tiene para defenderse del riesgo a “desparramarse”, o en sus permanentes temores a la locura y la muerte.

A mi modo de ver, la tendencia a establecer vínculos duales no es privativa de las patologías graves. También la encontramos en las neurosis. Pero mientras en éstas la represión primaria ha podido establecer la necesaria división entre instancias que a su vez condicionará la posibilidad de reconocer al otro como distinto aunque el deseo apunte a lo dual, en las patologías más graves, el borramiento de la separación conciente-inconciente y yo-mundo exterior, hará que la ruptura de esos vínculos duales sea vivida como muerte psíquica, en tanto configura una verdadera fractura para el psiquismo del paciente, que sólo puede sostenerse en tanto se mantenga unido al otro.

A diferencia de las neurosis, en el caso de las patologías graves lo dual da cuenta de un vínculo fusional. La falla en ese necesario interjuego estructurante de encuentros y separaciones con la madre, constituye un obstáculo para acceder a una existencia separada de ella. Y por otro lado, el predominio de la acción desligante de la pulsión de muerte, no moderada por Eros, lleva a una desconexión entre representaciones con la consiguiente dificultad para la simbolización. La acción separadora de la pulsión de muerte es generadora de deseo y de vida, siempre que por efecto del investimento narcisista proveniente de la madre, a partir de sus mociones sexuales sublimadas, pueda estar también presente la posibilidad de ligazón proveniente de la pulsión de vida. Cuando falla el interjuego dinámico entre ambas pulsiones, falta ese necesario trabajo de elaboración psíquica que permite posponer la satisfacción, o tolerar el dolor sin

pretender expulsarlo del psiquismo con actuaciones de diversa índole. Es en estas situaciones que los pacientes quedan invadidos por angustias de aniquilación que los llevan a buscar desconectarse del mundo externo e interno y tender al borramiento de la diferencia entre ambos.

En cuanto a la otra acepción de la muerte que explora Nadal, como límite necesario para la emergencia de un sujeto deseante, pienso que no es ajena al propio título del libro, “La muerte y otros comienzos”. Con la función de corte de la muerte, creadora de desagregación de lo que Eros busca mantener unido, comienza la posibilidad para el sujeto de constituirse como sujeto deseante. Y en este sentido nos encontramos con la paradoja que envuelve al concepto mismo de pulsión de muerte pensado en estos términos, dado que aparece como condición fundamental para la vida psíquica. Es a partir de su función separadora, que se da ya desde la represión primaria, que pueden constituirse el sujeto y el objeto. Y en este sentido entonces, la muerte en tanto ausencia, aparece como origen de la vida. La ausencia del pecho dará lugar a ese movimiento del deseo, motor del aparato psíquico, que se resignificará en otras pérdidas, en un interjuego de encuentros y separaciones, que está en la base de la identificación primaria así como de las secundarias, que darán lugar a la estructuración psíquica.

Muchos de los capítulos del libro están dedicados a pensar la técnica a partir precisamente de esta acepción de la muerte como separadora. Postura que comparto, en tanto el análisis es precisamente un trabajo de deconstrucción para desmontar las construcciones engañosas que se ha hecho el sujeto acerca de sí mismo. Pero pienso que a la labor de deconstrucción debe agregársele también la de construcción, como ya lo planteaba Freud en sus últimos trabajos, dado que la pulsión de muerte sólo puede realizar exitosamente su labor en tanto la acción ligadora de Eros también esté presente. Y Nadal señala algo en este sentido que me parece muy importante. Tomando el ejemplo del juego del carretel, dice que la repetición tendría la finalidad de ligar la energía liberada por la partida de la madre, lo cual le permitiría al niño elaborar la separación. Se trata entonces de una repetición que no sólo está subordinada a la pulsión de muerte sino que también está al servicio de la pulsión de vida, en un interjuego constante de ambas clases de pulsiones.

Estas afirmaciones nos llevan a la concepción de transferencia que maneja el autor, a lo largo de varios capítulos del libro, no como una mera repetición, sino también como producción, creación, producto de un verdadero trabajo, que a la vez es trabajo de duelo,

en tanto implica un desasimiento de la libido de determinadas representaciones de objeto. Voy a citar un fragmento en el cual me parece que Nadal nos muestra esta concepción de la transferencia y que dice así:

*“la transferencia es una formación de compromiso movida por el deseo que bajo esa forma busca ser reconocido. La repetición en este caso no sería entonces el eterno retomo de lo igual sino que se producirían variantes de acuerdo con los diversos disfraces con que el deseo se oculta y revela y con las modificaciones que van pautando el trabajo de duelo. No es la copia idéntica de algo del pasado. Es la posibilidad de producir, de crear algo nuevo sobre la huella del objeto perdido, por medio de un trabajo, que es trabajo de transferencia, realizado a expensas del proceso primario y del proceso secundario”.*

Habría entonces una diferencia entre la repetición propia de la transferencia y la compulsión a la repetición de las llamadas neurosis de destino. Mientras que estas últimas resultarían solamente de la acción de la pulsión de muerte, la repetición en la transferencia provendría también del deseo insatisfecho, y constituiría, al mismo tiempo que una tentativa de alcanzar la satisfacción, un intento de elaborar el duelo por el objeto perdido, definitivamente ausente.

Con respecto a la concepción que el autor maneja de la interpretación, pienso que hay que destacar, por un lado, la imprescindible y estrecha relación que mantiene con la transferencia, y por otro, su función de corte. En cuanto a esta última, pienso que Nadal quiere subrayar la importancia de romper, con la interpretación, el discurso engañoso y defendido que obtura la emergencia de lo inconciente. Pero también, el papel que ésta tiene para que el analista pueda ubicarse en ese lugar tercero necesario para evitar caer en un vínculo dual encerrado, que constituye uno de los peligros que amenazan permanentemente el campo analítico.

Por mi parte, pienso, que además de dicha función de corte, de interrupción, como lo sugiere el propio origen etimológico del término, la interpretación también tiene por finalidad el ofrecimiento de representaciones, como planteaba Freud al referirse a las representaciones expectativas. Le ofrecemos entonces esas representaciones-expectativa al paciente, para posibilitar el encadenamiento con las representaciones-meta, que guían el curso de las asociaciones, permitiendo así una aproximación a lo inconciente.

Tampoco podemos dejar de tener en cuenta la interpretación que tiende a establecer vínculos entre los distintos elementos que aporta el discurso del paciente, así como entre el pasado, el presente y la situación transferencial, que podríamos caracterizar como una verdadera interpretación-construcción y que también es fundamental en el transcurso de cualquier análisis.

Por otro lado hay un planteo de Nadal, que me ha resultado sumamente interesante, respecto al papel del humor en la interpretación, jerarquizando el factor del asombro, y la sorpresa en este tipo de interpretaciones. Cancelando inhibiciones y dando lugar, a través del ahorro de palabras o el juego de palabras, a comunicaciones metafóricas o metonímicas se sortean menos dificultosamente las resistencias que encontraría una larga explicación.

Dependerá de cada paciente, de cada analista y del momento peculiar del análisis, el tipo de interpretación más apropiado para favorecer ese movimiento pulsional que permitirá una mayor aproximación a lo inconciente.

Un último punto que quiero mencionar, y que ha constituido un motivo de interés compartido con Nadal en los últimos tiempos, es el tema de la neutralidad.

En un trabajo que publiqué recientemente en la Revista Uruguaya de Psicoanálisis, dedicada a este tema, he cuestionado el uso del término neutralidad porque a mi modo de ver sugiere una ausencia de intervención de la subjetividad del analista que no se corresponde con la posición francamente comprometida que debe asumir en el trabajo con su paciente, ambos inmersos en un campo transferencial en el cual también se ponen en juego los movimientos pulsionales necesarios para dar lugar a lo fermental en el análisis. Por eso proponía el uso de la noción de abstinencia, que evoca la idea de una necesaria contención que tendrá que ser manejada por el analista para mantener reserva acerca de su vida, sus ideas o sus gustos y evitar actuaciones de índole sexual u otras, que pudieran orientar a su paciente hacia determinadas opciones. En este sentido, coincido con Nadal cuando nos dice que esto “supone para el analista renunciamientos narcisísticos reiterados en el curso del proceso analítico y requiere un capacidad suficiente para elaborar duelos”.

Y para terminar, quiero agradecerle a Nadal por haberme invitado a hacer la presentación de un libro que constituye un verdadero aporte a la literatura psicoanalítica en nuestro medio, tanto en lo referente a los aspectos metapsicológicos como a los

temas que aborda de la técnica, deslizándose de un registro al otro, atravesado por los textos literarios y los que le aportan sus propios pacientes. Pero también quiero agradecerle, por el enriquecimiento que significó para mí la lectura del libro, y por permitirme un nuevo acercamiento a conceptos inspirados en la teorización de Lacan, que sin duda han abierto caminos nuevos para el psicoanálisis.

*9 de agosto, 2000.*